

PROLOGO

Desde mi niñez (muy lejana en el tiempo, pero siempre presente en dulce recuerdo) fui educado en un hogar verdaderamente cristiano por unos padres ejemplares, así como en colegios católicos (¡no sólo de nombre, como hoy día!) hasta mi ingreso en la vida religiosa, después de comenzada la carrera de ingeniero, y de militar varios años en las filas de la Acción Católica.

En ‘aquella’ España entrañable, tierra de héroes y de santos, regada con la sangre de innumerables mártires, muy en particular para mí (porque la viví cuando contaba ocho años de edad) los mártires de la cruel y gloriosa ‘Cruzada’ o persecución religiosa (no simple ‘guerra civil’, como se suele decir) fui marcado a fuego por los tres grandes amores tradicionales: a Cristo Rey, a la Santísima Virgen y al Papa; amores que fueron creciendo más y más en el correr de los años y que, gracias a la divina Providencia, constituyen precisamente el núcleo del carisma dado por Jesús a nuestro humilde y amado Instituto (nacido en 1980), consagrado a proclamar “a tiempo y a destiempo” el Sublime Misterio de la Realeza de Cristo, en medio y a contramano de una sociedad paganizada, idólatra y apóstata, por obra y desgracia de los Herodes y Pilatos de turno, que han expulsado a Dios nuestro Señor de la vida pública, confinándole al ámbito de la conciencia meramente privada.

¡No me alcanzará una eternidad para agradecer a la Santísima y adorable Trinidad mi vocación religiosa, sacerdotal y misionera!

A mis dieciocho años de edad hice por primera vez la experiencia inolvidable de los Ejercicios Espirituales según el método clásico y siempre actual del gran san Ignacio de Loyola, cuya figura de ‘caballero andante a lo divino’, me fascinó de una vez para siempre.

Al año siguiente (1948) repetí los Ejercicios ignacianos, y fue tal el impacto sobrenatural, que pocos días después (¡no sin dolor!) dejaba definitivamente el mundo y a mis seres más queridos, a fin de seguir a Cristo más de cerca ‘corde indiviso’.

Mis antiguos superiores y formadores grabaron de manera indeleble en mi corazón el amor filial e incondicional a “la nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica” (‘Ejercicios Espirituales’, 353) encarnada en el Vicario de Cristo, conforme a las Reglas de san Ignacio para ‘Sentir con la Iglesia’, el precioso ‘broche de oro’ del libro de los Ejercicios, al cual –dicho sea

de paso— bien podríamos aplicar (guardada la debida proporción) lo que dice el Apocalipsis (cfr. 10, 8-9) acerca del misterioso ‘librito’ presentado por un ángel al vidente de Patmos, con estas palabras: “Toma, devóralo... te amargará las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel”.

Gracias infinitas sean dadas a la divina Bondad por haber nacido y vivido hasta hoy (a mis setenta y ocho años cumplidos) bajo los pontificados de grandes Papas, desde Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II... hasta llegar a mi amadísimo Benedicto XVI, con quien, un año antes de su elección como Soberano Pontífice, tuve el privilegio de concelebrar la Santa Misa (en su capilla privada de la ‘Congregación para la Doctrina de la Fe’), recibiendo de sus benditas manos el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y momentos antes el paternal abrazo de la paz... ¡Qué regalo del cielo inolvidable!

Y, por si esto fuera poco, al día siguiente (11 de febrero de 2004) me obsequiaron una tarjeta-invitación para saludar personalmente al amadísimo y recordado Papa Karol (hoy Siervo de Dios, camino a los altares); fueron dos escasos minutos, arrodillado devotamente a sus pies, sin soltarme de su mano... ¡Dos minutos con suave olor a santidad!

Mi total y gozosa sintonía con el entonces Cardenal y hoy Papa Joseph Ratzinger me impulsaron como por instinto a difundir su formidable pensamiento teológico-sapiencial y, en consecuencia, a sumergirme de lleno en el estudio pausado pero ininterrumpido de su vasto y denso magisterio, con el propósito (¡un tanto atrevido, lo reconozco!) de lograr una síntesis lo más aproximada posible, ¡que ya es, para mí, una felicísima realidad!

He de confesar que, más de una vez, estuve a punto de abandonar el trabajo comenzado, sintiéndome como un enano con pretensiones de resumir a un gigante en materia doctrinal...

¡No puedo expresar con palabras la luz que me deslumbra y el deleite que me embarga leyendo y releendo al Papa Benedicto!

¡Cómo le necesitamos!

Con él podemos dormir tranquilos y seguros, sabiendo que su pulso no temblará, como experto piloto que conduce a buen puerto la Barca de Pedro, azotada siempre por vientos y tempestades, pero que nada ni nadie podrá hundir jamás, sostenida por la fuerza del Espíritu Santo.

Como advertirá en seguida el lector o lectora, he tratado de reunir en un solo volumen los textos más programáticos, a modo de ‘vademécum’ manejable para el estudio teológico, la catequesis y la predicación evangélica.

He reducido al mínimo indispensable mis propias reflexiones, a fin de que sean las palabras textuales del Santo Padre (con sus citas correspondientes) las que resalten y llenen las páginas de este libro.

Mi discreta contribución –por emplear una sencilla comparación– no ha sido otra que hacer el oficio de una aguja de coser, cuya única utilidad consiste simplemente en poder enhebrar el hilo a través de su diminuto ojal...

Con esto está todo dicho.

Mi anhelo más profundo es lanzar a los cuatro vientos la Sabiduría inagotable de Joseph Ratzinger (como Papa, Prefecto y teólogo), así como el sembrador esparce la buena semilla sobre la tierra, a la espera de que produzca el mayor fruto posible.

Al preguntarme qué título poner al libro, en seguida vinieron a mi mente aquellas palabras de san Juan estampadas en el prólogo del cuarto Evangelio:

“La luz brilla en las tinieblas...” (1, 5)

Los católicos (obispos, sacerdotes, consagrados y laicos) debemos ser como espejos que reflejen la luz purísima, incandescente, del Verbo encarnado, a través de su Cuerpo que es la Iglesia.

¡En este sentido, Benedicto XVI es un modelo admirable, que debemos imitar!

Como él, tendríamos que poder aplicarnos las palabras del divino Maestro:

“Mi doctrina no es mía sino la de Aquel que me ha enviado” (Juan 7, 16).

«Nuestra misión –dijo el Papa a los sacerdotes y diáconos de Roma– consiste en decir muchas palabras, sino en hacernos eco y ser portavoces de una sola ‘Palabra’, que es el Verbo de Dios, hecho carne por nuestra salvación».*

Entrego este libro, casi a modo de testamento, a los numerosos hijos e hijas que el Padre de los cielos me ha confiado, y a quienes ha puesto en el ya largo y fatigoso camino de mi vida...

Lo mismo hoy que ayer y que mañana, la consigna y la referencia, es invariablemente la misma: ¡Roma! ¡La Iglesia una, santa, católica, apostólica, romana! ¡Siempre con el Papa!

¡Ya lo sé!... más de uno me llamará ‘fanático’, ‘papista’ o ‘papólatra’... ¡No me importa ni me molesta en absoluto; todo lo contrario, es para mí un honor, que me llena de satisfacción!

A esos tales les respondería respetuosamente con aquellas tiernas y terribles palabras de Jesús:

“Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mateo 18, 2). ¡Cómo nos cuesta hacernos como los niños!

Ante el ‘complejo antirromano’, ¡tan extendido hoy!, junto con el espíritu de crítica sistemática, de resistencia y frialdad (abierta o encubierta) con respecto al Santo Padre felizmente reinante, pido a Jesús misericordioso, por intercesión de María Madre de la Iglesia, de san José y de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, que la palabra de Benedicto XVI, ¡el Papa de mi vida!, sea siempre “la luz que brilla en las tinieblas”, y no “la voz del que clama en el desierto...” (Marcos 1, 3), pues –como diría hoy santa Teresa de Jesús– “se usan muy poco estas verdades” (‘Libro de la Vida’ XVI, 6).

No me queda sino dar las más sentidas gracias a nuestro querido Arzobispo, S. E. Mons. José Luis Mollaghan, por su cálida acogida y aliento para llevar a feliz término la obra comenzada.

R.P. José Luis Torres-Pardo C.R.

Roldán, Instituto ‘Cristo Rey’

Epifanía 2007

A.M.T.G.